

No quiero ser tu amiga

Texto: Mireia Vidal

Ilustraciones: Guillem Escriche



Aquella mañana de principios de noviembre era más fría de lo normal. Parecía que hubiera llegado el invierno de golpe, y Lía tuvo que sacar el anorak del estante superior del armario para abrigarse. Cuando se lo probó se dio cuenta de que había crecido. Las mangas apenas le llegaban a las muñecas, y la parte de atrás le dejaba más de medio culo al aire. Definitivamente ese anorak ya no la abrigaría tanto como el año pasado, pero ahora no podía entretenerse lamentándose.

De un salto cogió el desayuno que le había preparado papá y lo metió dentro de la mochila de la escuela. Pero... ¡hey! ¿Qué había allí? Detrás del estuche, y medio aplastado bajo la agenda había un papel que Lía no había visto antes. Muerta de curiosidad lo cogió y vio que se trataba de una nota: "No quiero ser tu amiga", decía. Debajo, había la escalofriante firma de la que hasta entonces había sido su mejor amiga.

Lía no podía creérselo. Como si todo el invierno le hubiera caído encima, sintió que el anorak pesaba más de mil kilos sobre sus hombros.

– ¡Venga Lía, que llegaremos tarde a la escuela! –gritó papá desde la puerta del ascensor. Pero Lía no quería ir a la escuela. ¿Qué sentido tenía ir si su mejor amiga ya no la quería? Pero había algo que Lía no podía comprender.

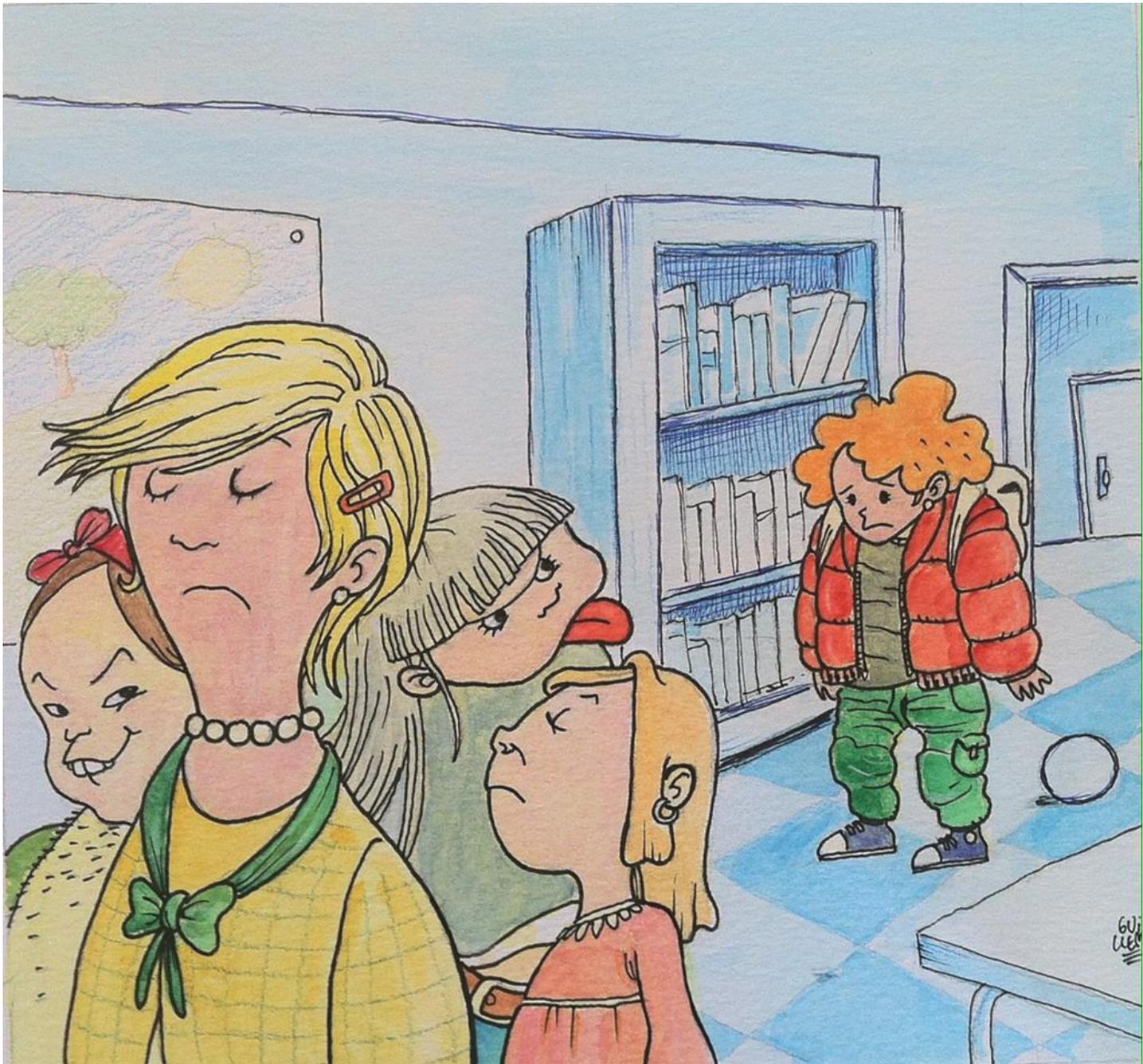
– ¿Por qué no quieres ir conmigo ? –le preguntó Lía cuando la vio entrar por la puerta del aula.

Pero la que hasta entonces había sido su mejor amiga, se limitó a sonreír a sus acompañantes y con un tono burlón dijo:

– No lo sé... Porque no eres lo bastante *chic*, ni demasiado *guay*, más bien eres *buf* y no sabes hacer cosas *cool*. Ya no nos gustas.

Dicho esto, se alejó sonriendo, acompañada del grupito revoltoso de niñas que la seguían.

Lía nunca se había sentido tan triste. De repente le parecía terrible no ser suficientemente *chic*, se avergonzaba de no ser muy *guay*, nunca se había dado cuenta de que en realidad fuera *buf* y lamentaba horrores no saber hacer cosas *cool*. Pero lo que tenía claro era que no pensaba dejar la situación de esa manera. No le gustaba nada que la dejaran de lado y que nadie quisiera jugar con ella, así que estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para volver a agradar a la que hasta entonces había sido su amiga. Acababa de decidir que cambiaría.



Al día siguiente, se presentó en la escuela vestida con las ropas más estafalarias y ridículas que había encontrado.

– Ya soy lo bastante *chic*? –les preguntó. Pero las chicas la miraron de arriba abajo y, antes de que Lía pudiera volver a preguntar nada, comenzaron a reírse de su aspecto.

“¿Por qué se ríen?”, pensó Lía. “Si me he vestido igual que ellas. He robado una camiseta de las grandes a mamá, llevo todas las pulseras y colgantes que he encontrado por casa e incluso me he pintado la raya en los ojos con un rotulador. ¿Las he copiado en todo y ni siquiera así les gusto?”

Pero Lía no pensaba desistir. Estaba convencida de que todo aquel lío era culpa suya. Seguro que hacía algo mal y por eso no la aceptaban. Tenía que seguir cambiando y sabía que tarde o temprano lo lograría.

“¿Te gusto ahora?”, preguntaba cuando el maestro de educación física advertía que no se lanzaran pelotas por la cabeza y ella callaba que le acababan de endilgar un disparo en la cara. “¿Y ahora?”, volvía a preguntar cuando aguantaba la bronca de la maestra de lengua para no entregar los deberes, que la que había sido su mejor amiga le acababa de esconder. “¿Así te parezco guay?”, decía impaciente cuando replicaba al profesor de inglés y este la castigaba a pasar la mañana en la clase de los mayores. Pero por más que lo intentara y se esforzara, la respuesta siempre era la misma.

– Todavía no me gustas –le repetía la que había sido su amiga. Luego se iba tan tranquila sonriendo por lo bajo con la manada de niñas que la seguían.

Lía ya no sabía qué hacer. Ya no sabía qué más tenía que cambiar y por primera vez pensó que gustar a los demás era totalmente imposible. De hecho quizás tenían razón. ¿Cómo podía pensar en gustar a alguien si no era ni *chic*, ni *guay*, era un completo *buf*, y ni siquiera sabía lo que significaba hacer cosas *cool*? Lía se sentía fatal y en ese instante decidió que nunca más se acercaría a nadie.

A partir de ese momento se pasó todas las horas del patio sola. Se había acostumbrado a que nadie quisiera sentarse en su mesa y los trabajos nunca los hacía en grupo. No hablaba con nadie y hacía como que tenía dolor de estómago cuando en educación física debían elegir equipos. Quería evitar que nadie tuviera que cargar con su presencia... hasta que un día, volviendo a casa, cruzó el parque y vio algo que le llamó la atención.

Sentada en un banco estaba la que había sido su mejor amiga, mirando como su hermana mayor jugaba y charlaba con sus amigas. No parecía que le hicieran ningún caso y ella las observa triste.

– ¡Lía! –se escuchó. Cuando Lía se giró, vio como venía corriendo hacia ella.

– ¿Qué quieres? –le preguntó.

– ¿Por qué no te quedas a jugar un rato?

Lía no podía creerlo. Por un instante sintió que las cosas volverían a ser como antes. Las dos volviendo a jugar juntas a perseguirse, a columpiarse, a inventarse bailes o a explicarse secretos... Pero no eran aquellos los juegos que le proponía la que había sido su mejor amiga. Ella quería jugar a reírse de los demás.

– No quiero quedarme –respondió de pronto Lía.

– ¿Pero tú no querías que volviéramos a ser amigas? –preguntó la chica enfadada.

– Ya no –dijo Lía–. ¿Y sabes por qué? Porque he descubierto que tú tampoco me gustas.

Lía entendió que todo ese tiempo había estado equivocada. No era ella quien hacía las cosas mal. No necesitaba ser más *chic*, ni más *guay*, daba igual si alguien creía que era un *buf*, y de repente le parecía una tontería lo de las cosas *cool*. Ella era como quería ser. Y le gustaba. No necesitaba cambiar para gustar a otro.

A la mañana siguiente volvió a ponerse el anorak que le tapaba media nalga y llegó contenta a la escuela. Ya no tenía miedo ni se sentía culpable. Estaba contenta de ser como era y, en lugar de quedarse escondida y avergonzada en un rincón, decidió jugar alegremente. Primero lo hizo sola, es cierto, pero pronto se acercó alguien que creyó que el juego de Lía era bastante divertido. Después vino otro y finalmente fueron un buen puñado.

Mientras tanto, la que había sido su mejor amiga la miraba de lejos. Algo le quemaba la pecho. Pero de repente se dio cuenta que no eran las ganas de reírse de ella lo que causaba angustia. Era el recuerdo de todos los años que había sido feliz jugado con Lía.

Entonces hizo un esfuerzo y, separándose de la manada de niñas que la seguían, se acercó a Lía y, ofreciéndole la mano dulcemente, le dijo:

– ¿Te gusto ahora? –Lía la abrazó contenta.

– Si vuelves a ser la de siempre sí. Claro que sí.

Fin



FAROS

La guía de la salud y el bienestar para tus hijos



Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.

Sant Joan de Déu 
HOSPITAL MATERNOINFANTIL - UNIVERSITAT DE BARCELONA